

de su marco y que debe ser una de nuestras más conocidas y elegantes, la voy á apuntar bajo la denominación de número 3, por el cuarto que va á ocupar en el primer piso. Es imposible: las Rocas Negras no son un presidio, donde los prisioneros pierden su nombre y se convierten en números.

Un libro que hallé en el cuarto de un viajero y que me he apropiado, me saca felizmente del atolladero en que estoy. Se titula *La corte de Francia bajo la Regencia y bajo Luis XV*, y entretiene por espacio de una semana mis escasos ocios. He encontrado en él descripciones de fiestas semejantes á las de hoy, retratos que pueden aplicarse á las celebridades de mi tiempo, aventuras ocurridas seguramente á los grandes pecadores y pecadoras del siglo diez y nueve.

Me complazco en mezclar y confundir esos dos grandes siglos: el diez y ocho y el diez y nueve. En mi ignorancia hago comparaciones mal intencionadas entre la sociedad de la Regencia, que la historia «esa embustera incorregible», como la llama Byron, me ha hecho conocer, y la del tiempo del Imperio. Con la cabeza llena de esas semejanzas, que conservo en mi imaginación, pienso en sacar partido de ellas. Puesto que mis huéspedes desdeñan el

que les conozca y me repugna distinguirlos por el número de sus cuartos, voy por placer, y para mi uso exclusivo, á distribuir entre ellos los nombres propios hallados en ese libro, y á tratar de aplicárselos según las analogías más ó menos exactas que con ellos descubra.

## XIII

Empiezo por los hombres. Aquellos tres jóvenes cuya llegada á las *Rocas Negras* metió tanto ruido, que cogieron la barbilla de la primer criada que encontraron en los pasillos del hotel, me recuerdan aquellos tres púas de la época de la Regencia: Beringhen, el conde de Nocés y el marqués de Canillac. Y los apunto inmediatamente con esos nombres puramente fantásticos. Ese otro señor debe ocuparse en pintar, porque en su equipaje trae un caballete y cuadros á medio hacer. Le llamaré, y creo no le desagradará, Jacinto Rigaud, acerca del cual acabo de leer la anécdota siguiente:

Una marquesa á quien retrataba, llega una mañana á su estudio toda sobresaltada. Se sienta, se levanta, y mirando al lienzo, dice:

—No me gusta el color que me ponéis en las mejillas, no habéis reproducido bien el que yo tengo. ¿Dónde compráis el encarnado que usáis?

—Donde vos el colorete que os dais—replicó el artista.

El número 27 debe ser indudablemente un especulador en fondos públicos, á cada momento desea saber los cambios de la Bolsa y envía más de diez telegramas diarios á los agentes de cambio de París. Le pondré el nombre de Law, el célebre banquero cuya quiebra produjo una sublevación en París en 1720, y de quien el marqués de Canillac decía con mucho talento: «Yo hago billetes, y no los pago: es mi sistema, me los han robado, tienen que devolvérmelos.»

Ese otro señor de bigote rubio es sin duda médico, acabo de oír que le llaman doctor. Le bautizo con el apellido de Chirac, y si se atreve á quejarse, cambiaré ese nombre por el de Carus, cuyo famoso elixir ha llegado hasta nuestros días.

¡Ah! ¡ah! ¡Tú pasas por delante de mí sin saludarme, tú, que ya he notado tu fealdad, y

eso que parece que estás en buenas relaciones con las mujeres más hermosas! Me acuerdo muy bien para aplicártele del retrato de la princesa Palatina, segunda mujer de Felipe de Orleans, hermano de Luis XIV.

No puedo comprender que se pueda amar á ese malvado; no tiene ni presencia ni estatura, se parece á un monstruo marino, porque es verde y amarilla su cara; tiene la boca, la nariz y los ojos como los chinos; parece un mascarón de proa, con su cabeza inmensa metida entre los hombros. Es fatuo y no tiene talento, y sin embargo, á las damas les gusta. En fin, el 45, siempre á caza de las anédoctas del día, y de los gestos y de lo que hace cada cual, dispuesto á consignarlos en su libro de memorias, será el duque de Saint-Simón. No merece, por lo que creo, tan buen nombre, pero no tengo otro más á mano en este momento, y se lo aplico.

Pasemos ya á las mujeres. *La Regencia* me proporciona retratos magníficos.

Esta de aquí, con sonrisa irónica, mirada altiva, provocativa, que habla con los labios juntos y parece que anda sobre zancos, me recuerda á una descendiente de la casa de Foix, la orgullosa condesa de Garcinde de Sabrán, que tenía á gala faltar al respeto á los

primeros personajes del reino, como lo demuestra la carta siguiente:

«He estado en tu casa esta mañana, perro, y me han cerrado la puerta; si vienes á la mía, tendrás la misma suerte; tú no sabes ni amar, ni escribir; pero sabes leer, lee pues.»

¡Ah! A primera vista he conocido á la preciosa bañista á quien por orden de mi familia acabo de dar la gran habitación del ala izquierda. Es la señora X... y sus muchas aventuras, referidas y comentadas por la prensa, han atravesado montes y mares hasta poder divertirme leyéndolas, durante mi última estancia en el Brasil. La apliqué inmediatamente el irónico retrato hecho por el conde de Caylus, que, según mi entender, la cuadraba á las mil maravillas. «Lo que hay de más extraño es la igualdad de su amor; ese sentimiento cambia en ella de objeto muchas veces, pero su corazón jamás se ve libre de él ni un instante; deja á uno, es abandonada por otro; pero al día siguiente ó en el mismo día, tiene ya otro amante á quien quiere con la misma vivacidad, y al cual se somete con la misma ceguedad. Esa exactitud de su misión, aprobada con el ejemplo de todos los que le han sucedido en su amor, me parece un hecho extraño y más raro de lo que sería en un

grado tan igual, el ejemplo de una constancia del mismo número de años con uno mismo.»

Vos, señora, que estáis bien de carnes sin ser gruesa, que presentáis un prominente desarrollo del pecho, buen color, mirada tierna y atrevida á la vez, labios rojos, sensuales, que al reir enseñan tan buenos dientes, que parecéis resplandeciente de buena salud y buen humor, me permitiréis que os llame María Magdalena Coatquer de la Vienville, condesa de Parabere. Sois vos á quien la princesa Palatina, antes citada, dejó trazada en este retrato: «Es de buena estatura, gruesa y bien formada, tiene un bonito rostro, sin afeite ninguno, preciosa boca, hermosos ojos; tiene poco talento, pero es un buen pedazo de carne fresca. Es un pozo si se trata de comer y de beber, y de cometer mil inconveniencias.»

Capefigue dice también de vos, en términos fríos y delicados: «Esa, á quien no se puede negar nada, tiene siempre un semblante serio que no la hace olvidarse de sí misma ni aun en las más alegres cenas, donde algunas veces los asistentes son víctimas de los excesos; siempre está risueña, bebe alegremente el Champagne y come con envidiable apetito, sin fatigarse y sin descansar; gracia no la fal-

ta, su boca se entreabre siempre al oír cualquier agudeza, mientras que sus labios rojos muestran los dientes más preciosos del mundo.»

Esa mujer, aún notablemente hermosa, á pesar de sus cuarenta años cumplidos, activa, vivaracha, coqueta, en conversación formal con Saint-Simón, Law y un hombre de Estado, lo cual prueba que se ocupa de literatura, de hacienda y de política, merece llamarse Claudina de Tencin, aquella de quien Maurepas decía:

«La Ninon, aunque está fuera de su época, continúa llevando en París una vida agradable y voluptuosa, haciendo cambalaches, negociando, viendo á los ministros y mezclándose en muchos asuntos del gobierno.»

Si habéis sido algo intrigante, señora, y estado algún tanto comprometida en la causa sobre la muerte de La Fresnay, fuisteis la amiga de los hombres de talento de vuestra época, de Fontenelles, por ejemplo, á quien os atrevéis á decir poniéndole la mano sobre el corazón: «No es corazón lo que hay aquí, es cerebro, como en la cabeza.»

Merecéis ser aplaudida por las personas de mi sexo, por los inteligentes consejos dados á Marmontel: «Tened amigas mejor que ami-

gos. Por medio de las mujeres se hace de los hombres todo lo que se quiere. Además, los unos son disipadores, otros se ocupan demasiado de sus intereses personales, para que no se olviden de los vuestros, pero las mujeres piensan en ellos aunque no sea más que por lo ociosas que somos. Hablad esta noche á una amiga de cualquier asunto que os convenga, y mañana, estando en su labor y mientras borda, la hallaréis pensando en él y buscando el medio de servirlos.»

A vosotras, señoras, os bautizó: duquesa de Phalaris, condesa de Argentan y señora de Averne. No os he estudiado aún lo bastante para saber si esos nombres os convienen con exactitud: han pertenecido á mujeres jóvenes y hermosas á quienes, cuando menos físicamente, podéis ser comparada.

Sientan también al siglo diez y ocho; me agradan por eso mismo, y las inscribo para no olvidarlas, en las páginas de mi registro destinadas á los cuartos números 42, 27 y 29.

Señora, por favor, dispensadme, aquí está el retrato de madame Du Barry, hecho por una mujer de su época. «Había nacido para enloquecer á todos; de estatura esbelta y noble apostura, con un óvalo de cara que parecía hecho con un pincel, ojos grandes, y mirada

penetrante, lo cual la hacía más enamorada, su piel de una blancura deslumbrante, boca preciosa, pie pequeño y abundante y magnífica cabellera.» Os asemejáis en un todo á ese encantador bosquejo y me veo obligada, si he de ser fiel á mis procedimientos, á llamaros Juana Vaubernier, condesa Du Barry: pero en lo moral no tenéis vos, que yo sepa, punto de contacto con aquella hermosa Magdalena.

Es como vos, señora, porque si vuestra boca es un poco grande y la nariz la tenéis algo pronunciada, vuestros ojos son adorables, tenéis la gracia hasta poderla regalar y parecéis hecha á torno. Ayer, delante de mí, decían, porque yo, aunque no pregunto, escucho: Es de un trato delicioso, de una conversación aménísima, de un genio alegre, muy agradable; á su lado no se conoce ni el fastidio ni el cansancio: siempre está inventando, para que sus amigos no se aburran, toda clase de distracciones, de placeres nuevos. Ese es, señora, el retrato que todos los escritores del siglo diez y ocho han hecho de madame d'Etioles, marquesa de Crecy y de Pompadour; ¿y podéis tomar á mal que, aparte vuestras virtudes, os dé el nombre y las cualidades de aquella sirena?

No os he regateado, señoras y señores, ni

los nombres históricos ni los títulos de nobleza; os he concedido generosamente todas las gracias de una época ligera, sin duda, pero llena de encantos. Aunque nadéis en un agua agitada, las orillas del río pueden estar cubiertas de verde y llenarse de flores, y en los palacios que le bordean, resplandecientes de luz, pueden oirse carcajadas y risas. Estáis en pleno siglo diez y ocho, época que empieza en la muerte de Luis XIV y termina en la de Luis XV; porque á partir de 1774 el siglo diez y nueve entra en escena, magnífico muchas veces, otras también amenazador, terrible. Ya le conocéis, aún no ha terminado, y ¡Dios sabe lo que nos tendrá reservado! Olvidad aquella época nefasta para vivir en los tiempos á que os he conducido valiéndome de mi autoridad. Conviene también á vuestros gustos, á vuestros instintos, á vuestros trajes, á vuestras coqueterías, á vuestras maneras, á vuestros frívolos propósitos, caprichos, pasiones, y vuestra afición al lujo y á todas sus voluptuosidades.

Sobre todo, no olvidéis poner os en contacto con la sociedad que os ha tocado en suerte reemplazar; ser amables, alegres, graciosos, pródigos; hacer buena cara, y como verdaderos grandes señores, no comprobar las cuen-

tas que os presenten, porque, os ruego no lo olvidéis, si en mis ratos perdidos me place transportarme con vosotros á la corte de Francia de otros tiempos, yo, en realidad, yo no soy más que una pobre individua de la clase media, encargada por mis padres de administrar su hotel. Como única heredera de los señores de Lelievre, por amor propio también, deseo ardientemente que las Rocas Negras, en mis manos, produzcan buenos ingresos. Arrojad, pues, el dinero por la ventana, señoras y caballeros. Auxiliada por mi familia, que de repente se ha hecho muy activa, yo me apresuraré á recogerlo.

Pedís buenos vinos. Mi padre, es cierto, ha descuidado tenerlos; ¡pero no importa! Los tendrá. ¡Dad cenas todos los días!

Esas comidas fastuosas en las que no se piensa en hacer economías mezquinas, donde no se puede sin ningún peligro para nosotros contar las botellas vacías, porque se ven dobles, son muy apreciadas por los dueños de un hotel, que pueden unas cuantas de ellas enriquecerles y no tener que volver ya á Pernambuco en busca de fortuna. Acordáos bien; las cenas eran en tiempo de la Regencia el buen tono; la moda obligaba á beber todas las noches á vasos llenos. Las mujeres también

seguían la moda de la corte de Luis XIV, como lo atestigua este párrafo, que debemos á una pluma aristocrática: «La señora de Montespán y su hija pueden beber sin emborracharse. Las he visto un día consumir muchos vasos del más fuerte rosolí de Turín, sin contar los que habían tomado ya de otras bebidas; yo creí que se caerían sobre la mesa; pero para ellas era como si hubiesen bebido agua.» ¿No es ese un ejemplar que puede infundir ánimo?

Si os encontráis algo perplejos y encargáis alguna de esas cenas, lo cual me extrañaría, permitidme que os recomiende un *menú* de aquel tiempo: *Laitance* de carpas con jugo de carne, filetes de faisán á la *financière*, zorzales deshuesados, *essences* de conejo, *aspics* de poulardes de Mans, pernils de corzo mojados en vino de Madera con rebanadas de naranja. Vinos: Sillery helado, Tokay, Chipre de la Encomienda.

Disponed, señores, ordenad; mi padre no se para ante nada, os servirá todo lo que deseéis.

Preparo yo las cuentas; pero desde los tiempos de la Regencia acá los precios han aumentado en proporción inmensa; no vayáis á asustaros de los nuestros, que eso sería de mal gusto. ¿Qué dirían el príncipe de Soubise,

el duque de Brissac y el duque de Richelien, esas grandes sombras que revolotean á su alrededor?

Me propongo también asistir á esas fiestas. Por un agujero, hábilmente dispuesto, oiré vuestros chistes, vuestras anécdotas, vuestras canciones, y si los vinos de España se os suben un poco á la cabeza, si el ruido de algún beso llega á mis oídos, me comprometo á no ser muy escrupulosa. En el siglo diez y ocho todos eran tolerantes, y yo trato de impregnarme, lo mejor que puedo, en el espíritu de aquellos tiempos.

## XIV

18 Julio.

¿Me habré entregado demasiado á ser indulgente? ¿Lo veré á expensas de mi curiosidad? Abro los ojos desmesuradamente, y tengo los oídos atentos, pero ni oigo ni veo.

Toda la elegancia parisién se ha dado por fin cita en las Rocas Negras.

Los hombres más conocidos, las mujeres más en boga, todas esas de quienes todos ha-

blan y critican, que se llaman *Les Merveilleuses* del Imperio, ocupan todos nuestros cuartos y nuestros gabinetes desde el bajo al piso cuarto. Pues bien, cosa increíble, todas esas gentes de quienes me aprestaba yo á estudiar sus costumbres, que debían, así lo creía, iniciarme en los vicios de la alta sociedad y en los escándalos de la corte, hacen una vida arregladísima. Se levantan sin ruido á las ocho, hacen que les lleven sus niños y presencian sus lecciones durante una ó dos horas. Salen después, van á la playa á tomar el baño si la marea lo permite, ó á coger conchas si las olas se han retirado. Llega la hora del almuerzo; se contentan con lo que hay dispuesto, sin pedir el menor extraordinario. Al medio día, vehículos de todas especies llenan nuestro patio: *landaús*, *caleches*, *breacks*, y faetones perdidos entre multitud de cestos alquilados cubiertos con un pabellón de cuero, muy de moda en Trouville. Entonces es cuando hacen su aparición los trajes elegantes. Son en general lujosos y llamativos. Los carruajes se ponen en movimiento, se cruzan y parten, unos para Honfleur, por la calle de la Corniche, que está frente al hotel, otros para el bosque de la Touque, á las Ruinas de Guillerme el Conquistador, ó para Deauville, que

comienza á construirse por el capricho de uno de los favorecidos de la suerte. Otros bañistas se limitan á bajar la escalinata de las Rocas Negras, junto al mar se reúnen todos en la acera de madera y se dirigen á pie al Pabellón, al Casino, que da sus conciertos habituales, ó á la Estacada, que las barcas pescadoras llegan á tocar con sus grandes velas.

A las seis y media ó las siete lo más tarde, todas esas bellas paseantes están de vuelta. Unas comen en sus cuartos en familia, muchas en la población, con gran pesar nuestro, la mayor parte en la sala general, en los veladores que están allí desde por la mañana. La mesa redonda queda abandonada en absoluto por esas señoras: ese desdén nos es muy provechoso, y nosotros no podemos ver con malos ojos tal conducta.

La tarde se pasa en el terrado mirando al mar, en el patio jugando con los niños, en la playa cuando el tiempo lo permite y en las habitaciones del hotel, donde se toca el piano. A media noche todo el mundo se acuesta, se pueden apagar las luces. Ni aun en el Casino se les ve á mis huéspedes. Tan solo dos ó tres veces durante la temporada van allí, para el baile de Beneficencia ó á algunas, muy pocas, representaciones teatrales.

Y aquellas célebres cenas cuyo menú había yo preparado ya, ¿no existirán más que en mi imaginación? ¡Qué! ¿Mis comparaciones, mis paralelos, mis retratos serán inútiles? ¿Habré evocado inútilmente la Regencia, sus pompas y sus vanidades? Por favor, señoras, un poco de valor. Señores, salgan ustedes de esa indolencia. ¡Señor de Nocé, marqués de Canillac, querido duque de Saint-Simón, den ustedes señales de vida! ¡Al asalto, condesa de Sabran, condesa de Parabere, marquesa de Pompadour!

Nada. ¡Permanecéis sordos á mi voz! ¿Los alegres recuerdos del siglo último no os conmueven? Parece imposible.

Pero, en fin, si no cenáis, cuando menos comeréis en alegre compañía y os entregaréis á algunos excesos. Acabáis de pedirme el gabinete particular mayor que tengo, y el menú le dejáis á mi decisión. Indiscreta, sí lo seré, estad seguros de ello. He de ser muy curiosa, y por mi parte es de esperar. Bajo el pretexto de cuidar del buen servicio, me establezco en una pieza próxima al salón donde ha de tener lugar el festín, yo, detrás de una puerta entreabierta, observo y escucho.

## XV

Unas veinte personas entre hombres y mujeres, á todas las cuales he puesto nombres á mi capricho, rodean una mesa iluminada espléndidamente y adornada con grandes *corbeilles* de rosas, gracias á mi cuidado. Las señoras están como en invierno, descotadas, con traje de tul, de faya y de crespón de la China; flores en el pecho y en los cabellos reemplazan á las alhajas que se han dejado en París.

Los vinos circulan con profusión; el *champagne frappé* que tuve la buena idea de hacer que le sirviesen desde el principio de la comida, corre á torrentes en las copas. Los semblantes se colorean, los ojos brillan con más esplendor, los tallos se inclinan y se cimbrean, las espaldas se rozan, los brazos tienen más abandono, los pechos se elevan, palpitan, viven. Al mismo tiempo la conversación se anima, las frases de doble sentido cruzan de un lado á otro. El aire es pesado, acres perfumes se desprenden de las copas llenas y de las flores que se ajan.

¡Bravo! ¡bravo! Este es el momento. Estad á la altura de vuestra reputación, señoras y señores; sed del tiempo de la Regencia. Vaciad las copas, brindad como en otros tiempos por el placer y por el amor, y sobre todo cantad, porque en el siglo diez y ocho no había buena cena sin buenas canciones. Si no tenéis otras á mano, yo sé algunas y de las mejores.

Pero vosotros no cantáis ni poco ni mucho.

¿Qué os proponéis? ¿Va á quedarse así esta fiesta? Parecería una comida de familia y estáis en el mar, en Trouville. Habéis pedido un gabinete particular para divertirlos como queráis, para estar libres; ¿cómo os vais á divertir? ¿Cómo comprendéis la libertad?

Siempre, bajo el pretexto de cuidar de que estén bien servidos y de dar órdenes al jefe de los camareros, entro indiscretamente en vuestro santuario y estudio vuestras actitudes.

La condesa de Parabére, fiel al retrato trazado por la princesa Palatina, tiene en la mano derecha una copa de *champagne*, que bebe con verdadera afición, á sorbos, con los ojos casi cerrados. Está un poco recostada en su silla; su brazo izquierdo se apoya familiarmente en la mesa, sus bellísimos hombros se estremecen de bienestar; su seno, enhiesto y fuertemente

contorneado, se levanta y agita de tiempo en tiempo y todo su pecho parece palpitar. Cuando no bebe, come enseñando sus bellos dientes; y sus labios rojos, gruesos, húmedos, tiemblan de placer al contacto de una pechuga de ave, cuyo jugo paladea con delicia. Podía decirse de ella que era la diosa de la sensualidad, de una sensualidad honesta, que no hiere ninguna conveniencia social, que no hace espantar á ninguna especie de decoro, sensualidad, en fin, de que no tenían el privilegio de gozar, ni en el siglo diez y ocho ni en tiempos de la Regencia.

Law explica gravemente á los que están junto á él una nueva combinación financiera que ha de enriquecer á la Francia y á todos los que quieran llevar sus capitales á su caja, sita en la calle de Richelieu. Dos preciosas orejas pequeñas, delicadas, pero carnosas, que concluían con un par de perlas oscuras muy gruesas, sin engaste ninguno de oro, sino escondidas en la misma carne, le prestan atención. Se ponen encarnadas de placer cuando Law promete un millón dentro de dos años á quienes tengan el talento de tomarle alguna de sus acciones. Hasta las perlas oscuras parece que lo entienden y se hacen más transparentes.

Esas conversaciones financieras, ese interés

que inspiran, pintan una época, pero son de este siglo más que de otro cualquiera. No, la afición al lucro, con sus ilusiones, sus apetitos y sus deseos, es de todos los tiempos y de todos los países. Ni la Regencia, ni el Imperio tuvieron su monopolio; las repúblicas mismas, y las más radicales, han conocido y conocerán la sed del oro.

En el otro extremo de la mesa, la señora de Tencin mantiene vivo el interés de la conversación. Habla de literatura con Saint-Simón. Escuchemos, la discusión puede ser muy viva si se trata en ella de novelas modernas. Alejandro Dumas, hijo, acaba ahora mismo de dar al público una obra nueva, que hiere, según dicen, la susceptibilidad femenina. ¡Ah! La señora de Tencin no se ocupa de novelistas; analiza gravemente un artículo filosófico de alto alcance, inserto en el último número de la *Revue de Deux Mondes*.

Chirac se ocupa de medicina con el pintor Rigaud; Beringhen y el marqués de Canillac discuten acerca del hipodromo de Deauville. hecho recientemente; el conde de Nocé, el famoso Nocé, desarrolla una tesis política delante de la marquesa de Pompadour, que parece le escucha con interés. La señora d'Averne, la condesa de Argastan, la duquesa de

Phalaris, comen con la boca medio cerrada, beben apenas, hablan menos y se llevan á cada instante los dedos á los labios para ocultar bostezos imprudentes. La comida parece aburrirles y tienen motivo para ello.

Tan solo la condesa Garcinda de Sabran descende de su pedestal para referir á los que están á su lado anécdotas más ó menos picantes; de una de ellas me acuerdo:

«La señora X... decía, es una mujer feísima, lo cual no impide que tenga amantes, sino muy al contrario. Su esposo encontró hace pocos días al favorito, por entonces, de su mujer, y como éste parecía triste y desconsolado y como harto de su conquista y de aquellas relaciones, el marido le apretó la mano y le dijo con tono de piedad: «¡Pues vos al menos no estáis obligado á seguirlas!» dando al mismo tiempo un suspiro.»

¡Vaya una gracia! Pues esa anédocta, querida condesa, no es de ahora como decíais. Data de los últimos años del reinado de Luis XIV, cuando estaba bajo el fastidioso imperio de la señora de Maintenon, es decir, cuando la Regencia se estaba preparando en la sombra. Pertenece al propio Dufresny, el afamado poeta, autor de *Despertad, bella durmiente*, y de *Les Lendemains*.

## XVI

La anédocta de la señorita de Sabran me ha hecho aguzar el oído. Entre tantos convidados más ó menos silenciosos y tiernos, me olvidaba ya de mi querida época, de la Regencia. Dufresny ha hecho que me acuerde. Me siento más desvelada. La comida toca á su fin; los vinos, compuestos por mi padre, han producido su efecto. Cálidos efluvios llenan el salón, las miradas son brillantes, las cabezas están calientes, se levantan de la mesa, la fiesta va sin duda á empezar.

¡Ah! que el chasco es completo. Estos señores abren la puerta vidriera que da á la terraza, encienden sus cigarros, y, sentimentalmente apoyados en la barandilla del balcón, con la cabeza apoyada en la mano, contemplan el mar y dan gritos de admiración. El conde de Nocé continúa hablando de política. Law se ocupa de asuntos financieros con la complaciente dama que ha estado á su lado en la mesa. La señora de Tencin no ha in-

terrumpido su conversación literaria y científica. La señora de Parabére se ha tendido sobre un canapé, con los ojos medio cerrados y la boca entreabierta, y con el corsé discretamente aflojado por la parte de arriba, para facilitar su respiración, se halla disfrutando de las voluptuosidades todas de una buena digestión. La señora de Pompadour fuma con timidez, después de haber pedido la fuese permitido un inofensivo cigarrillo turco; la señora de Sabran pidió un carruaje para ir á la estación al encuentro de su marido. En fin, cosa rara, la preciosa criatura á quien irrespetuosamente creí que debía poner el nombre de Juana Vambornier, condesa Du Berry, ha pedido que la traigan sus hijos, que no están aún acostados, y los cubre de besos y de caricias.

¿Conque he sido indignamente engañada? ¿Aquella depravación del Imperio de que tanto se habló, ha sido invención de espíritus mal humorados y de intención dañina? ¿Esas grandes señoras de tanto renombre, no eran sencillamente más que buenas esposas y excelentes madres de familia? ¿Habría la calumnia achacado vicios excepcionales á aquella sociedad que no tenía más defectos que los inherentes á la naturaleza humana y las pequeñas miserias comunes á todos los mortales?

¡Qué, aquellas mujeres lo reunían todo: juventud, belleza, talento, fortuna, gran posición, además de eso, virtudes también? Era demasiado, francamente, y sentí desarrollarse en mí el pecado original de que quiero verme libre desde hace tiempo: la envidia. Hasta entonces envidiaba á aquellas mujeres sus trajes, su dinero, su hermosura. Pero me consolaba con mi virtud, como todas las muchachas que son feas, y me decía: tendrán amantes y yo no, para ellas su paraíso está en la tierra, el mío se halla en el cielo.

Y en efecto, ¿á quiénes les estará reservado sino á las desgraciadas que han sufrido pobreza, fealdad y virtud? La Sagrada Escritura, es verdad, no habla más que de los pobres de espíritu, «Bienaventurados los pobres de espíritu, dice, porque de ellos será el reino de los cielos.» Yo he creído que el cielo no podía ser exclusivo en ese punto; las pobres de belleza se reunirán en él á las de espíritu, y estos dos grandes restos se consolarán unos á otros.

Me acordaba de la anécdota que se atribuye á la condesa de Sabran, antes citada, que por su cuna, ya lo he dicho, pertenecía á una casa de las principales, casi real. Su marido no tenía la dignidad de Par de Francia, un

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
24 1625 Montemayor, México



ventanas del hotel; le he prometido una buena propina si sorprende algún secreto.

Después de haber estado de guardia durante quince días seguidos, y á pesar del cebo de la ganancia, se ha visto obligado á convenir que las Rocas Negras están al abrigo de toda sospecha... exterior.

He aquí dos amantes probos: viven en la misma casa, gozan de una libertad completa, y después de haberse estado paseando durante el día sin ocurrírseles darse cita misteriosa, duermen por la noche en sus respectivos cuartos. ¿Qué conclusiones pueden deducirse de eso? Que el mundo se engaña, y lo siento por él.

La señora de B... tiene una reputación detestable. Por ese motivo la he bautizado con el nombre de duquesa de Phalaris. Hállase como la de Parabére, en las mejores condiciones para obrar mal. Beringhen mismo, lo confieso, creo yo que pecaría de buen grado con ella. Pues bien, después de haberla estudiado, juraría que es cruel con él y con los demás.

La señora d'Averne, después que almuerza, recorre todos los días, á pie, la calle de la Cornisa, pasa por delante de los *chalets* de Chevalier, toma á la izquierda la carretera de Honfleur, y no se la vuelve á ver por espacio de

dos horas. ¿Qué hace todo ese tiempo? Quise saberlo y me puse en su seguimiento: me tomé el permiso que me hacía falta, subí á un coche y examiné el camino seguido por la bella condesa. ¡Cuál no sería mi asombro al verla salir inesperadamente de una casa pequeña, situada en la carretera, á la derecha, entre Lien-Godet y Hennequeville! Es la modesta morada de un artista, que rodeado de sus hijos y al lado de su mujer, hace figuras de yeso y de barro cocido. Le ha sido recomendado á la señora d'Averne y á pesar de que su busto ha sido ya hecho por Franceschi, no ha titubeado en confiar su preciosa cabeza á un artista de aldea. Estas eran sus citas.

¡Ah! pero... son demasiadas virtudes.

¿Vais acaso, señoras, á aspirar al premio Montyon?

.....  
—¿Pero qué tumulto se oye? ¿Cuál será su causa? Mi padre y mi madre tiran con todas sus fuerzas de la campanilla, llaman á los criados con voces descompuestas. En el patio se oyen los chasquidos del látigo, el ruido de los cascabeles, los relinchos de los caballos.

¿Será alguna testa coronada á la que vamos á dar abrigo bajo nuestro techo?